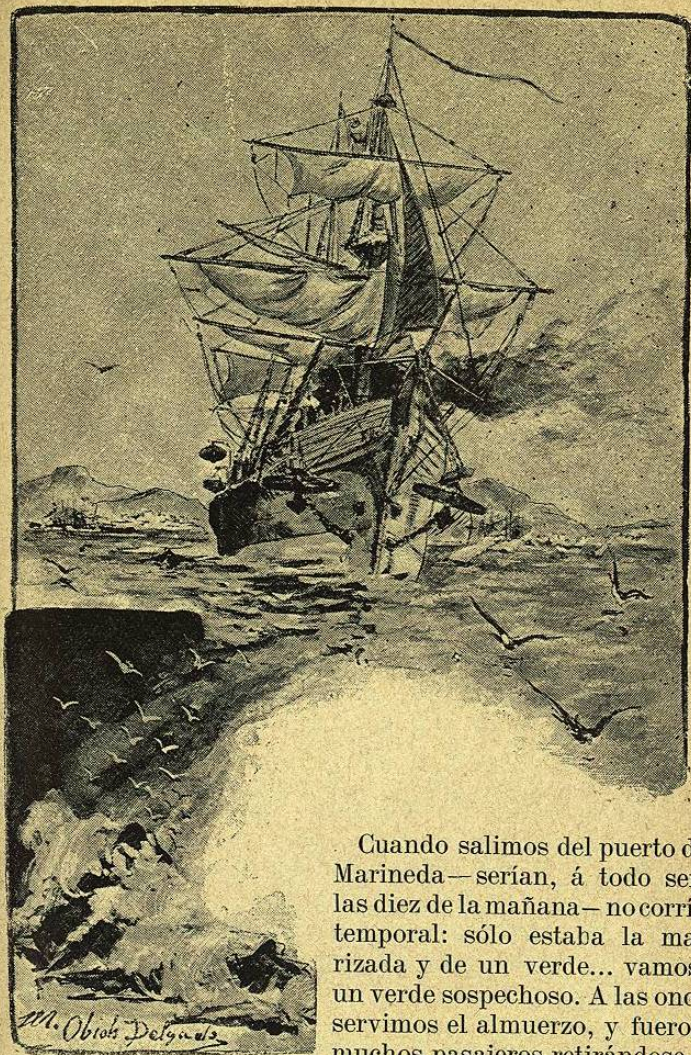


FUEGO À BORDO

CAPITULO ALFONSO REYES
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO



Quando salimos del puerto de Marineda—serían, á todo ser, las diez de la mañana—no corría temporal: sólo estaba la mar rizada y de un verde... vamos, un verde sospechoso. A las once servimos el almuerzo, y fueron muchos pasajeros retirándose á sus camarotes, porque el oleaje, no bien salimos á alta mar, dió en ponerse grueso, y el buque cabeceaba de veras. Algunos del servicio

nos reunimos en el comedor, y mientras llegaba la hora de preparar la comida, nos divertíamos en tocar el acordeón y hacer hablar al pinche, un negrito muy feo: y nos reíamos como locos, porque el negro, con las cabezadas de la embarcación y sus propios saltos, se daba mil coscorriones contra el tabique. En esto, uno de los muchachos camareros, que les dicen *stewarts*, se llega á mí.

—Cocinero, dos fundas limpias, que las necesito.

—Pues vaya usted al ropero y cójalas, hombre.

—Allá voy.

Y sin más, entra y enciende un cabo de vela para escoger las fundas.

¡Aquel cabo de vela! Nadie me quitará de la cabeza que el condenado... Dios me perdone, el infeliz del camarero lo dejó encendido, arrimado á los montones de ropa blanca. Como un barco grande requiere tanta blancura, además de las esterías llenas y atestadas de manteles, sábanas y servilletas, había en el *San Gregorio* rimeros de paños de cocina, altos así, que llegaban á la cintura de un hombre. Por fuerza el cabo se quedó pegadito á alguno de ellos, ó cayó de la mesa, encendido, sobre la ropa. En fin, era nuestra suerte, que estaba así preparada.

Yo no sé qué cosa me daba á mí el cuerpo ya cuando salimos de Marineda. Siempre que embarco estoy ocho días antes alegre como unas castañuelas, y hasta parece que me hace falta alguna broma con los amigos, y la familia. Pues de esta vez... tan cierto como que nos hemos de morir... tenía yo atravesado algo en el gáznate, y ni reía ni apenas hablaba. La víspera del embarque le dije á mi esposa:

—Mujer, mañana tempranito me aplancharás una camisola, que quiero ir limpio á bordo.

Por la mañana entró con la camisola, y le dije:

—Mujer, tráeme el pequeño que mama.

Vino el chiquillo y le dí un beso, y mandé que me lo quitasen pronto de allí, porque las entrañas me dolían y el corazón se me subía á la garganta. También la víspera fuí á casa del segundo oficial, el señorito de Armero, y estaba la familia á la mesa; y la madre, que es así una señora muy franca, no ofendiendo lo presente, me dijo:

—Tome usted esta yema, Salgado.

—Mil gracias, señora no tengo voluntad.

—Pues lléveles éstas á los niños... ¿Y qué le pasa á usted, que está qué sé yo cómo?

—Pasar, nada.

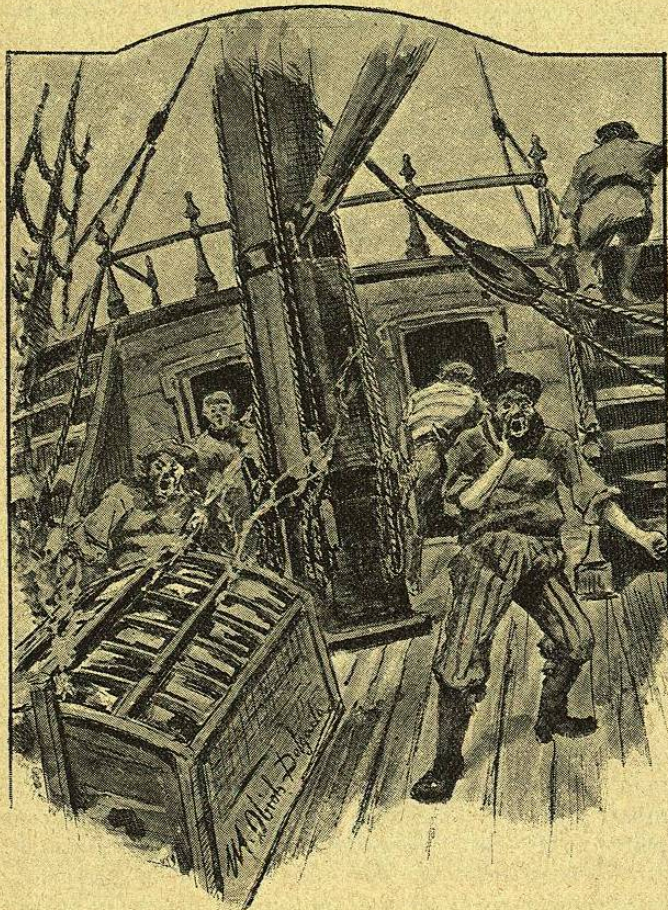
—¿Y qué le parece del viaje, Salgado?

—Señora, la mar está bella, y no hay queja del tiempo.

—No, pues usted no las tiene todas consigo... Le noto algo en la cara.

Para aquel viaje había yo comprado todos los chismes del oficio: por cierto que en la compra se me fué lo último que me quedaba: setenta duros. Los chismes eran preciosos: cuchillos de lo mejor, moldes superiores, herramientas muy finas de picar y adornar; porque en el barco, ya se sabe: le dan á uno buena batería de cocina, grandes cazos y sartenes, carbón cuanto pida, y víveres á patadas; pero ciertas monaditas de repostería y de capricho, si no se lleva con qué hacerlas... Y como yo tengo este pundonor de que me gusta sobresalir en mi arte y que nadie me pueda enseñar un plato... Por cierto que esta vanidad fué mi perdición cuando sostuve *restaurant* abierto. Me daba vergüenza que estuviese desairado el escaparate, sin una buena polla en galantina, ó solomillo mechado, ó jamón en dulce, ó chuletas bien panadas y con su penachito de papel en el hueso... Y los parroquianos no acudían; y los platos se morían de viejos allí; y cuando empeza-

ban á oler, nos los comíamos por recurso: mis chiquillos andaban mantenidos con trufas y jamón, y el bolsillo se desangraba... Si no levanto



el *restaurant* no sé qué sería de mí: de manera que encontrar colocación en el barco y admitirla fué todo uno. Pensaba yo para mi chaleco:—Animo, Salgado: de veintiocho duros que te ofrecen

al mes, mal será que no puedas enviarle doce ó quince á la familia. No es la primera vez que te embarcas: vámonos á Manila: ¿quién sabe si allí te ajustas en alguna fonda y te dan mil ó mil quinientos reales mensuales y eres un señor? Lo dicho: la suerte, que arregla á su modo nuestros pasos... Estaba de Dios que yo había de perder mis chismes, y pasar lo que pasé, y volver á Marineda.

¿En qué íbamos? Sí, ya me acuerdo: faltaría hora y media para la comida, cuando nos pareció que salía humo por la puerta del ropero. El que primero lo notó no se atrevía á decirlo: nos mirábamos unos á otros, y nadie rompía á gritar. Por fin, casi á un tiempo, chillamos:

—¡Fuego! ¡Fuego á bordo!

—Mire usted, no cabe duda: lo peor, en esos momentos en que suceden cosas horrosas, es aturdirse y perder la sangre fría. Si cuando corrió el aviso se pudiese dominar el pánico y mantener el orden; si media docena de hombres serenos tomasen la dirección imponiéndose, y aislasen el fuego en las entrañas del barco, estoy seguro de que el siniestro se evitaba. Yo que todo lo presencié, que no perdí detalle, puedo jurar que no entiendo cómo en un minuto se esparció la noticia y ya no se vieron sino gentes que corrían de aquí para allí, locas de miedo. Para mayor desdicha empezaba á anochecer, y la mar cada vez más gruesa y el temporal cada vez más recio, aumentaban el susto. Aquello se convirtió en una Babel, donde nadie se entendía, ni obedecía á las órdenes de mando.

El capitán, que en paz descansa, era un mallorquín de pelo en pecho, valentón, y no tiene que dar cuenta á Dios de nada, pues el pobrecillo hizo cuánto estuvo en su mano, pero le atendían bien poco. Acaso debió levantar la tapa de los sesos

á alguno para que los demás aprendiesen: bueno, no lo hizo: él fué el primero á pagarlo: ¡cómo ha de ser! Nos metimos él y yo por el corredor de popa, con objeto de ver qué importancia tenía el incendio: y apenas abrimos la puerta de hierro, nos salió al paso tal columna de humo y tal velo de llamas, que apenas tuvimos tiempo á retroceder, cerrar y apoyarnos, chamuscados y á medio asfixiar, en la pared. Yo le grité al capitán:

—Don Raimundo, mire que se deben cerrar también las puertas de hierro á la parte de proa.

El daría la orden á cualquiera de los que andaban por allí atortolados: puede que al tercero de á bordo: no sé: lo cierto es que no se cumplió, y en no cumplirse estuvo la mitad de la desgracia. Nosotros, á toda prisa, nos dedicamos á refrescar con chorros de agua las puertas de hierro, para que el horno espantoso de dentro no las fundiese y saltasen dejando paso á las llamas. ¿De qué nos sirvió? Lo que no sucedió por allí sucedió por otro lado. Nos pasamos no sé cuánto tiempo remojando la placa, envueltos en humareda y vapor: mas al oír que por la proa salían las llamas ya, se nos cansaron los brazos, y huyendo de aquel infierno pasamos á la cubierta.

Verdaderamente cesó desde entonces la batalla con el fuego y las esperanzas de atajarlo, y no se pensó más que en el salvamento; en librar, si era posible, la piel: eso, los que aun eran capaces de pensar; porque muchísimos se tiraron en el suelo, ó se metieron á arrancarse el pelo por los rincones ó se quedaron hechos estátuas, como el tercero de á bordo, que tan pronto se declaró el incendio se sentó en un rollo de cuerdas y ni dijo media palabra, ni se meneó, ni soñó en ayudarnos.

A las dos horas de notarse el fuego, la máquina se paró. Si no se para tenemos la salvación casi

segura: ardiendo y todo, llegaríamos al puerto. Lo que recelábamos era que el vapor comprimido y sin desahogo hiciese estallar la caldera. Todos preguntábamos al *engineer*, un inglés muy tieso, muy callado y con un corazón más grande que la máquina. No se meneaba de su sitio, ni se demudó poco ni mucho: abrió todas las válvulas y nos dijo con flema:

—Mi responde con mi *head*, máquina *very-good*, seguros por ella no explosión.

Al ver que la pobre de la máquina se paraba, nos quedamos si cabe más aterrados; no creíamos que el incendio llegase hasta donde, por lo visto, llegaba ya: comprendimos que el fuego no estaba localizado y contenido, sino que era dueño de todo el interior del buque y no había más remedio que cruzarse de brazos y dejarle hacer su capricho.

—¡Barco perdido, don Raimundo! — dije al capitán.

—Barco perdido, Salgado.

—¿Y nosotros?

—Perdidos también.

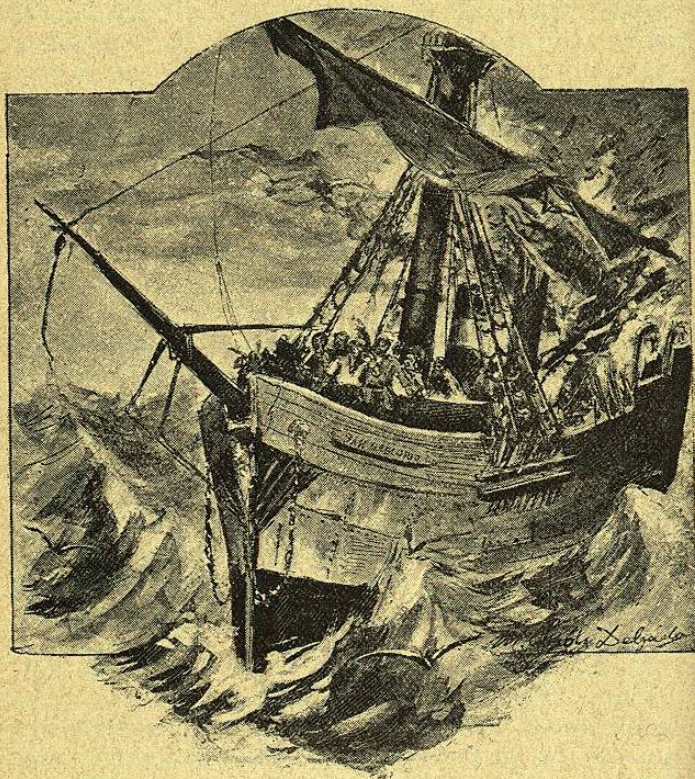
—Esperanza en Dios, don Raimundo.

Y él se echó las manos á la cabeza y dijo de un modo que nunca se me olvida:

—¡Dios!

Yo no sé qué le habíamos hecho á Dios los trescientos cristianos que en aquel barco íbamos: pero algún pecado muy gordo debió ser el nuestro, para que así nos juntase castigos y calamidades. De cuantas noches de temporal recuerdo—y mire usted que algo se ha navegado,—ninguna más atroz, más furiosa que aquella noche. Una marejada frenética: el barco no se sostenía: ola por aquí, ola por acullá: montes de agua y de espuma que nos cubrían: ya no era balancearse, era despeñarse, caer en un precipicio: parecía que la tormenta gozaba en movernos y abanicarnos para avivar el incendio. So-

plaba un viento iracundo; llovía sin cesar; y la noche tan negra, tan negra, que sobre cubierta no nos veíamos las caras. Unos lloraban de tal modo



que partía el corazón; otros blasfemaban; muchos decían:—¡Ay mis pobres hijos!—No entiendo cómo el timonel era capaz de estarse tan quieto en su puesto de honor, manteniendo fijo el rumbo del barco para que no rodase como una pelota por aquel mar loco.

Pronto empezaron á alumbrarnos las llamas, que

salfan por la proa no ya á intervalos, sino continuamente, igual que si desde adentro las soplasen con fuelles de fragua. Lo tremendo de la marejada hizo que no se pensase en esquifes; meterse en ellos, se reducía á adelantar la muerte. En esto gritaron que se veía embarcación á sotavento.

¡Un buque! Desde que se declaró el incendio no habíamos cesado de disparar cohetes y fuegos de Bengala con objeto de que los buques, al pasar cerca de nosotros; comprendiesen que el barco incendiado contenía gente necesitada de socorro. Y vea usted cómo Dios, á pesar de lo que dije antes, nunca amontona todas las desgracias juntas. Aun tenemos que agradecerle que el sitio del siniestro es un punto de cruce, donde se encuentran los barcos que hacen rumbo al Atlántico y al Mediterráneo. Pocas millas más adelante ya no sería fácil hallar quien nos socorriese.

Al ver el buque, la gente se alborotó, y los más resueltos arriaron los esquifes en un minuto. Allí no había capitán, ni oficiales, ni autoridad de ninguna especie: los contramaestres se cogieron el esquite mejor, y cabiendo en él treinta personas, resultó que lo ocuparon sólo cinco. Ya se sabe lo que hace el miedo á morir: ni se reparaba en peligro, ni había compasión, ni prójimo. Sin mirar lo furioso del oleaje, y lo imposible que era nadar allí, se echaron al mar muchísimas personas, por meterse en los esquifes. Aun parece que oigo las voces con que decían al contramaestre:

—¡Espere, nuestro Nicolás, espere por la madre que lo parió; la mano, nuestro!

Y él en su maldita jerga catalana, respondía:

—*No 'm fa res; no 'm fa res.*

Y cuando los infelices querían halarse al esquife y se agarraban á la borda, los de dentro, desenvainando los cuchillos, amenazaban coserles á puñaladas.

De esta vez hubo ya bastantes víctimas: los esquifes se alejaron, y con ellos se fué nuestra esperanza. Después de recoger á aquellos primeros



náufragos, el buque siguió su rumbo, porque no le permitía mantenerse al paio el temporal.

¡A todo esto, si viese usted cómo iba poniéndose

la cubierta! Oíamos el roncar del incendio, que parecía el resoplido de un animalazo horrendo, y á cada instante esperábamos ver salir las llamas por el centro del buque y hundirse la cubierta. Nos arrimábamos cuanto podíamos á la parte de

popa, pues además el calor del suelo se hacía insostenible, y del piso de hierro cubierto con planchas de madera salían, por los agujeros de los tornillos, llamitas cortas, igual que si á un tiempo se inflamasen varias docenas de fósforos sembrados aquí y acullá. Ya ni el frío ni la obscuridad eran de temer: ¡qué disparate! buena obscuridad nos dé Dios: la popa algunas veces estaba tan clara como un salón de baile: iluminación completa: daba gusto ver el horizonte cerrado por unas olas inmensas, verdes y negruzcas, que se venían encima, y sobre las cuales volaba una orillita de espuma más blanca que la nieve. También divisamos otro buque, un paquete de vapor, que se paraba, sin duda, para auxiliarnos. ¡Estaba tan lejos! Con todo, la gente se animó. El segundo, el señorito de Armero, se llegó á mí y me tocó en el hombro.

—Salgado, ¿puede usted bajar á la cámara? Necesito un farol.

—Mi segundo, estoy casi ciego... Con el calor y el humo, me va faltando la vista.

—Aunque sea á tientas... Quiero un farol.

Vaya, no sé yo mismo cómo gateé por las escaleras; la cámara era un horno, el farol todavía estaba encendido; lo descolgué y se lo entregué al segundo, convencido de que le daba el pasaporte para la eternidad, pues el esquife en que él y otros cuantos se decidieron á meterse, era el más chico y estaba muy deteriorado. Lo arriaron, y por milagro consiguieron sentarse en él sin que zozobrara. Entonces empezó la gente á lanzarse al mar para salvarse en el esquife, y pude notar que, apenas caían al agua, morían todos. Alguno se rompió la cabeza contra los costados del buque; pero la mayor parte, sin tropezar en nada, espiró instantáneamente. ¿Era que hervía el agua con el calor del incendio y los cocía? ¿Era que se les